

Se busca un técnico maduro

Es difícil representar el comportamiento de las tendencias profesionales de un Ingeniero a lo largo de su ejercicio laboral, sin realizar un análisis científico y profundo del tema. No es este mi objetivo y estas breves líneas se deben considerar únicamente como una ligera invitación al debate pretendiendo mantenerlo vivo o tal vez despertarlo, para algunos.

Lo que sí es obvio es que un titulado de nuestras especialidades, hablando siempre de las mayorías, cuando ha terminado sus estudios, se convierte en un ser ávido de utilizar, desarrollar, profundizar, hundirse en los conocimientos técnicos que ha adquirido en su escuela.

Este grado de interés llega a límites tales, que se desprecian de partida otras perspectivas profesionales denostándolas, y, considerando que se está siempre reservado para las cotas más altas del Olimpo técnico, negarse en consecuencia a renunciar al placer de tan exquisito lugar.

El encantamiento dura poco en la mayoría de los casos, y las razones son muchas pero tal vez se resumen en dos, que a riesgo de caer en la caricatura llamaría:

- La maldad de la materia.
- La escasez de los bienes preciosos.

La dureza del trabajo técnico cuando se quieren acometer desarrollos o investigaciones que estén a la altura de los conocimientos adquiridos en nuestras Escuelas Superiores, es grande y sobre todo no casa en el tiempo como la infrenable avidez de obtención de nuevos conocimientos que tienen los jóvenes titulados.

Pretender que tras un breve período de tiempo en un área determinada ya se conoce todo, y por lo tanto lo que se necesita es cambiar a nuevos campos para no perder ímpetu en la competición, es un síntoma de inexperiencia que trae nefastas consecuencias para la maduración del técnico y para los trabajos en que se encuentra inmerso.

Peor aún es el caso de su segundo handicap, pues es de todos conocido que aún cuando el mercado de trabajo está inundado de ofertas hacia nuestros conocimientos, las que realmente salen al bazar con una mercancía no trucada, desde el punto de su interés técnico, son escasas. Y aquí situados, tenemos un Ingeniero que ya tras unos años de manejar lo "duro" o lo "blando" con desesperación y alguna que otra frustración, madura y se pregunta ¿qué hacer?



Francisco Marín. Miembro de las Juntas del COIT y la AEIT.

Estamos ante una persona formada, con su nivel de responsabilidades familiares creciente y con una sociedad que, admirándole por lo misterioso y novedoso de sus conocimientos, no le ha colocado en su escala de méritos en los niveles correspondientes.

En esta perspectiva las llamadas a abandonar tan brillante carrera hacia el monte deseado, inalcanzando para la mayoría, tienen un perfecto caldo de cultivo.

Convertirse en el ingeniero empresario, en el ejecutivo alejado de las técnicas queridas antaño, en el responsable de cuestiones menos "peregrinas", al tiempo que se elevan peldaños en la conceptualización social de su trabajo y se mejora notablemente sus ingresos salariales, es el objetivo, nuevo dorado, de nuestros ya no tan jóvenes titulados.

Y he aquí que se produce un elemento de discontinuidad en el natural reparto del trabajo en los centros productores de tecnología o desarrollos. Es **imprescindible** que exista el bagaje técnico y de experiencia para que se puedan acometer proyectos y empresas de futuro que aportan los ingenieros con una larga trayectoria de dedicación y estudio permanente de los objetos con que se trabaja.

Para motivar esta estabilidad y continuidad se me antojan que, una vez más, aún en el riesgo de caricaturizar, las soluciones deben pasar por los elementos siguientes:

- Mejorar notablemente el nivel de los ingresos que se manejen para estos escalones de trabajo.

- Incorporar sus opiniones al nivel más alto en la toma de decisiones empresariales, investigadoras, etc.

El primer apartado se explica por sí solo, intentar mantener un cuerpo de personas técnicas sometidas al estudio que requieran las tecnologías tan cambiantes, y con una clara pérdida de poder adquisitivo, es confiar en que además de sufridos esos ingenieros sean héroes. Y ya se sabe en que acaban las historias con héroes, quitando en los textos de los antiguos griegos.

El segundo es más difícil todavía. Hacer que un consejo de dirección de una entidad, incorpore a los directores técnicos, con sus pesadas explicaciones, siempre llena de dificultades, problemas, etc., es un mérito que al hilo de la frase de los sindicatos, "democratizar la empresa", se podría llamar "tecnificar la dirección".

Sin esta mayor imbricación de los responsables técnicos en todas las facetas de la escala productiva, el empobrecimiento de nuestros equipos punteros en el campo del I+D, está garantizado y lo que es peor es ya, en algunos casos, una realidad manifiesta.

Claro está que para el panorama industrial con el que nos enfrentamos, "España en venta", "lo que importa es que el gato caza, y no si es español o de Singapur", etc., esta disquisición, a lo mejor sobra, pues lo que de verdad necesitamos es una legión de expertos en importación de bienes y servicios y otra legión de prestadores de venta, mantenimiento y cobros que mantengan la ilusión de vivir en una sociedad tecnificada y próspera.

Yo mantengo la esperanza de una actividad industrial española que necesite de la continuidad de los conocimientos técnicos, en estrecha conexión con el resto de los saberes empresariales y de gestión, a un nivel de respeto mutuo y valoración cruzada, que tenga como objetivo la creación de riqueza en este país. Es más, aún cuando las experiencias son escasas, creo que aún estamos a tiempo de, cambiando las mentalidades, ayudar a producir una escala de valores que considerando al experto técnico, no como un "sabio loco", sino como un eslabón imprescindible en la cadena de dirección y toma de decisiones, podamos crear una estructura empresarial y de gestión más competitiva y acorde con los tiempos que nos ha tocado vivir.

Dejadme soñar un rato. Gracias.